

la cage qui de la mémoire

Mamuel Arce Arenales




LA AGUJA AZUL DE LA MEMORIA

Colección QUIJONGO

Diseño de Portada: Carlos Aguilar Quirós
Ilustración de portada: “*a Manur Ar Sulam*”
de C.A. Quirós

LA AGUJA AZUL DE LA MEMORIA

manuel arce arenales

editores  alambique

Edición aprobada por la Comisión Editorial de Editores Alambique.

EDICIÓN: Carlos Aguilar Quirós.

863.4

A668a Arce Arenales, Manuel, 1949 —

La Aguja azul de la memoria / Manuel Arce Arenales.

—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 1993.

80 págs.; 19 cms.— (Colección Quijongo).

ISBN 9968-9729-0-8

1. Narrativa Costarricense. I. Título.

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 9968-9729-0-8

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 1993.

© Manuel Arce Arenales.

Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.

*La hoguera moría. El día prometido se consumía bajo la luna.
Esta historia escuché, frente al filo breve del agua:*

**El paraíso que prometió el profeta siempre está aquí.
Yo conocí a quienes lo perdieron.**

EL MATRIMONIO

Había un toldo. Una mujer cantaba en las fronteras de la ceremonia. Un vidrio crujía bajo los pies, y el novio lloraba, apenas contenido. ¿Qué quieres tú de él? ¿Qué tú de ella? Una sombra de ave recorre los parajes del desierto. Siento una premonición de melancolías espinosas.

Estoy cansado pero intranquilo. Quiero seguir. El trayecto es ancho como todos los días, y necesito encontrar un indicio. Cuando lo encuentro, va y vuelve, conversa con cada roca, llena el espacio.

Algo en mi pecho aletea de pronto. Él es borroso, ella tiene las manos grandes, expresivas, delicadas. Es pequeña como un meñique, dulce como los higos. Ayer mandó a darme agua, y hoy la vi. Mi sangre hierve.

El pueblo baila desaforado de alegría, inmune ante el futuro. La noche llega de pronto, se asienta en su trono de distancias. Un trovador rasga el aire:

El Rey se ha tendido: no se levantará de nuevo.

El Señor de Kullab no se levantará de nuevo.

Superó al mal, no regresará otra vez.

Aunque fuerte de brazo, no se levantará de nuevo.

Era sabio y bello de rostro: no regresará otra vez.

Se ha ido a la montaña, no regresará otra vez.

En el lecho del destino yace, no se levantará de

nuevo.

Del lecho de muchos colores no regresará otra vez.

¿Dónde está ella? ¿Duerme en los brazos de su dueño? ¿Qué pensará? ¿Recordará el color del agua que bebí ayer? El día feroz me espera. Lanzo mi grito profundo, ciño la espada, arremolino mi corcel frente a las tiendas. ¡Adelante, adelante! Que mi futuro muerda los caminos, que mi alma se extienda bajo los cascos, que mis manos estrujen las riendas.

MI CORAZÓN SE DESPERDICIA

La noche está brillante. Ella se esconde en la penumbra de la tienda. Su rostro cabe en la palma de mi mano, y el río lejano se enrosca bajo el horizonte fértil de luces. Los arrieros desdoblan la serpiente de su canto, la luna descansa en las palmeras, los dátiles hacen monedas negras sobre la arena.

Tras el velo de sombras ella me mira. Debo parecerle extraño, yo que vine desde donde un dragón de espuma se estrella contra los riscos. He venido a ver este pueblo desconfiado, guerrero de memorias, mercader de sueños. Este pueblo feroz, y clandestino. Esta fiebre de amor, este servicio infinito, esta distancia.

Ella me mira. No la protegen los celos de su gente porque su rostro permanece oculto, más allá de los almenares. Pero yo sé que sus pestañas son largas, que sus pupilas refulgen como las brasas. Su espíritu es el mar, y sus manos son amplias. Tiembla como el agua quebrada, en la punta del tiempo, en el sonido imperceptible del presente, en el grano de polvo, perdido sobre la tormenta.

¿Qué templo es éste? ¿Qué cifras se esconden bajo las piedras? Los mercaderes muestran sus joyas de azucena, el pueblo reclama al cielo, con su grito, la muerte del rey. El cadáver descansa tendido sobre su lecho de colores. Observo la lejanía, y el silencio permanece abandonado. Las voces se entrelazan hasta la altura y yo atisbo en los rincones, porque la busco.

En la calle de los herreros canta el yunque. Las chispas de los fuelles dibujan, alas oscuras cruzan las antesalas que definen mis pies. Prosigo hacia el palacio y estoy liviano. Mis latidos pesan en las entrañas, y la extraño. Me arde incluso la falta de su ausencia.

Muchas mujeres hay tras el tejido de los balcones. Busco sus ojos, no los encuentro. Veo las luces y las sombras, pero ella no me ve. Si la hubiera visto viéndome estaría ciego. Mi desconsuelo es como un traje de arena, una memoria atada a mi respiración, un sendero negro en la oscuridad. Sediento de su dulzura bebo, hasta embriagarme. La mañana me sorprende como plomo derretido y escondo mis pensamientos.

Las mujeres rasgan sus vestiduras, acuchillan con su dolor la quietud inmóvil del desierto. Sigo la procesión, y no la veo.

Los cirios son el coro de las estrellas y sacuden su penumbra como palmeras. Necesito encontrarla. Necesito pedirle que me deje llorar, que me permita ver sus pies, que deje su mano un solo instante entre mi pelo.

La caravana va. No sé qué hacer. Quiero dejarme aquí, buscando por las calles, tejiendo esta ciudad eternamente. Y me quiero marchar. Quiero dejar solo una parte de mi sueño aquí escondido, una esperanza bajo el suelo fertilizando las piedras.

Monto el corcel. Dirijo mi vista hacia la franja que refulge en lo lejos. Me arremango, ajusto mis espadas: mi soledad, y el hierro que me protege.

SUEÑO DE LAS ALMENAS

Despierto de pronto. Estoy confundido. ¿Qué es este espacio simple, cielo y arena, arena y cielo? Yo vengo de donde el verde habla colores, de donde el agua espesa dialoga con los pájaros, y la lluvia dispone de muchos rostros. Soñaba con nubes, y con un bosque tupido de obsidianas. Allá los sacerdotes calculan la trayectoria de los astros, aquí los hombres ven salmos en el cielo. Allá los hombres le preguntan a la tierra, aquí los profetas la disponen, un sitio para Dios.

Allá soñaba con edificios como alfileres, cegantes blancos ciegos, palabras geométricas, una voz reconcentrada. Aquí me despierto, sudoroso, preñado de lianas, confidente de mariposas, compañero de juego de los monos.

Soñé que te veía. Un fantasma liviano, una premonición tal vez, un jirón de mi aliento, una gota de aguja sobre una gota. Pero despierto, soy un empeño amargo en el mar de las luces. Busco consuelo en la forma de mi espada: el hierro me dirige consejos rectangulares, su brillo es oscuro y me mira, indiferente.

Tus manos son como las dunas.

VIENTO DE ARENA

Es limpia como el cariño, desmenuzada, densa. Como la vida, no perdona. Como la muerte es generosa. Doblo la frente. Cobijo mi vergüenza, me cubro el rostro. Como un niño sigo a quienes saben, a quienes quiero que sepan. Es un muro amarillo, esta tormenta. Se incrusta como sal en cada rincón de piel, como la espina de tu voz, adivinada apenas cuando estás cerca. Si he de morir aquí, igual te espero.

- ¿Moriremos aquí?
- Solo Dios sabe.

Mi espada ríe, loca de símbolos. Mis puños los siento duros como piedras.

¡Qué misterio absoluto es la vida! Como el rocío. Como las horas sencillas de mi padre. Cada grano es una abeja, cada filo de viento una enseñanza. Los animales se hincan, nosotros nos cubrimos de silencio. El cielo aúlla, la tierra se encrespa. Pienso en el mar que me condujo. Los espacios de escarcha, el granizo que suena desde una primavera imaginaria.

Llega la noche y todo está tranquilo. Una estrella está libre. Una vasta ausencia nos espera.

ALGARA

Miro mi cota, cristal de hierro. Calculo esta malla de luceros, ajusto mi cinturón. Monto azabache bravo, caracoleo en fintas. El suelo hace erupción bajo los cascos. Los jinetes blanden curvos espejos, el ulular de la guerra se expande, horizontal, desde lo más lejano. Las mujeres se esconden, los niños lloran apretando los dientes, rígidos de terror.

Sobre la arena nacen flores rojas y espumosas, y se marchitan casi al instante bajo el sol.

Sus barbas brillan, sus rizos negros sonrían oblicuamente. Me lanzo a ras de lomo, y como un segador paso la guadaña bajo sus hombros. Solo logro escuchar un crujido de huesos, y me asalta de pronto un sonido de vidrio triturado bajo los pies. Adivino un olor de almendros en el aire, te imagino viendo, perpleja, el pomo de una espada en tu mano grande. La furia de los guerreros es blanca como tu piel. Se abrazan a la muerte, ávidos de sus besos, y ella les corresponde con una pasión feroz pero medida. Bajo el leve temblor de tus dedos, en el movimiento tímido de tus vestiduras, creo distinguir una fuerza igual.

Las centellas del acero sobre el acero danzan sobre las sombras movedizas de los jinetes. Varios corceles relinchan, libres de dueño. Su jaez se oculta bajo una pátina café o brilla carmesí, recién salpicado. De pronto los atacantes se arremolinan y se van, breves e intensos como la tormenta.

EL SITIO DE LAS LUCES

Más de cien puertas tiene esta ciudad. Hemos llegado recubiertos de polvo, rechinando entre los dientes la piedra fina del camino. Los ladrillos dibujan geometrías azules, leones de cristal abren sus fauces sobre las atalayas.

Momentos angulares nos observan desde los guardas. La gente pasa, los hombres con pergaminos enrollados bajo los brazos. Mujeres que despliegan diamantes entre los muslos. Acémilas con trigo, miradas de cobre, insustanciales.

Estiro las piernas. No espero verte en el fondo de gente que cruza por la calle. Un palanquín se mueve, se detiene. Una mano descorre velos. ¿Cómo una fuerza tan liviana? ¿Cómo una fibra débil dibuja los pasos de la muerte? No tengo espacio para respirar. Mis latidos agitan horizontes de aceite, bruscamente los aparto. Pero en vano busco tu esencia, el perfume que dejaste, desdibujado, horadando los rincones que se pierden hacia arriba. Quienes pasan esconden tu litera, pero me abren caminos, temerosos ante mi fiebre de ojos. Mataría al genio que todavía se interpone, pero es invisible.

En las tiendas compro las telas que te agradan, los pendientes de oro, y las piedras baratas que recuerdan momentos junto al mar. Los sonidos distantes de la aurora.

El cantor engarza las plegarias. Sus palabras, perlas de agua, se enhebran en los hilos del crepúsculo. Tu mano es como el humo.

Los mercaderes son dioses temporales. El rey nos invita, almeas nos deleitan con sus caderas, la carne es abundante, el vino dulce. Yo no la espero, un vacío de púas me pesa como un carbón de plomo. Los hombres aplauden. Los borrachos piden la danza roja de los puños. Quiebro mi jarra sobre este cráneo, lo libero del resto de vida que le queda. Las mujeres me miran, ensimismadas, y yo te extraño, como el sediento al agua.

Los candelabros de siete luces cantan, buscando los noventa y nueve nombres de Dios.

¿Por qué no puedo verte? Mi espada tiembla frente a mi sangre, mi brazo espanta la furia sorda de dientes escondidos, mis enemigos agachan la cabeza. ¿Por qué no me dispensas una mirada? ¿Por qué te escondes? ¿Tan indigno soy, yo que te amo? ¿Cómo te nombran?.

Estamos concluidos. Vamos, me dicen. Yo le imploro a los balcones una visión, las calles encaladas, una luna que hable, un árbol de desdichas para que cuente, cuando te vea, los átomos de mi sangre, uno a uno.

 Mi espada me reclama, y yo respondo.

LOS BALCONES

Esta tierra pertenece a quienes hablan, cara a cara, con Dios. ¡Qué osadía! Establecer que cada instante del desierto, cada olivo, cada recodo de un camino, es sagrado. Yo los observo y los perdono, porque tu rostro me obliga a recordarme. Aspiro a devorar la huella de tus pasos. La luz que escapa, cuando entras, bajo tu tienda. La mirada violeta que diriges, sin intención, sobre la forma oculta que recorren mis dedos. Mi hierro no te interesa, ni mis silencios rectilíneos, ni la labrada forma de mi respiración. ¿Por qué te encuentro, entonces, en cada punta del horizonte, en cada aleteo de pájaro? ¿Por qué persigues mis días futuros, y contaminas de fiebre mis segundos?

Un balcón de minutos se asoma al semblante de la calle. Yo le ordeno a mi sombra descuidada que abanique tus pies. Tu aliento se adivina, pero la caravana parte y promete el color de un agua lejana. Mi caballo se encabrita, mi espada se impacienta. Dejo de nuevo mi corazón, frente a tu puerta, salpicado de dioses.

MONEDAS

Sorben té de menta, acucillados. Hablan pausados, en voz baja. En un cofre hay especies y zafiros, del otro lado una bolsa de cuero, muy usada, desborda círculos de oro y plata. Mujeres cubiertas de blanco van y vienen, la tarde es apacible. Bajo el oscuro frescor de una palmera contemplo los márgenes brillantes. Oigo sonidos multicolores, atraídos por la magia del agua.

La transacción ha terminado. Poco a poco se reúne el círculo. Alguien libera la voz, y escucho un fragmento de lo que vine a buscar, más valioso que las trenzas y los deseos de las vírgenes, más preciso que la luz, la historia de mi reflejo interior:

¿A donde vas, Guilgamesh?
No encontrarás
la vida que persigues.

Cuando los dioses crearon
la muerte reservaron
para los hombres
la vida retuvieron
entre sus manos.

Tú, Guilgamesh,
llena el estómago
haz alegría de noche
y de día

de cada día haz
una fiesta en regocijo
día y noche juega
canta
baila.

Que tus vestiduras resplandezcan
de limpieza
que tu cabeza esté
siempre lavada
báñate en agua y presta atención
al pequeño que cuelga de tu mano
deja que tu compañera
se deleite en tu pecho
pues ésta
es la tarea de los hombres.

La luna se esparce lentamente, y yo no tengo consorte.
Solo el sabor impreciso de tu silueta.

INSOMNIO

Por el enrejado se despedazan los domos de plata, desde las tiendas flotan los sonidos de la multitud, quebradizos como el humo de mis incensarios. Entrecruzo los dedos frente a mis ojos, la esmeralda pequeña que me regalaste no quiere hablarme. Estallo en sollozos y me da rabia. Hundo las manos en esta cabellera de noches. Me duelen. Te veo en el espejo, sigo tu índice trazando la curva de mis cejas hasta tocar mi pelo: golondrina de luces, murmuraste, creyendo que no te oía.

¿Por qué te vas? ¿Por qué siempre te vas? Todo el brocado de Damasco no vale nada si no lo ves, el aire me sabe diferente cuando tú no lo respiras conmigo. Este aposento, caverna de ébano, ese lecho mullido. Las horas, como un dogal de espinas cuando te pienso.

¡Dame un fulgor en tus obscuridades! No me amarres los brazos. Déjame desparramar muros ante tu ariete de lejanías, permíteme abrir murallas para que puedas anegar mis aposentos. Bato paredes con mis manos, rasgo mis vestiduras, y te encierras más. No desperdicies esta furia de amor, tócame, déjame descansar en tu pecho.

Salgo al balcón, la ciudad encalada resplandece de lunas. El mosaico bajo mis pies habla una lengua de curvas y ángulos rectos. Ha comenzado el festival de las luces, y tu ausencia me conversa desde las calles.

FATIGA DE DIAMANTE

Esta ciudad es distinta, su señorío no es de piedra. De pronto veo el borde de tu manga, una cuchillada de hielo me muerde el vientre. Una lágrima resbala sobre el pomo de mi espada. La observo curioso, distanciado. Hay rumores de guerra, y el aire no se mueve. Hoy me saben a mar, las mentiras de los hombres, la boca de las prostitutas. Mis dioses son murmullos de maíz. En mi memoria hay, escondidas bajo esta lámina que brilla, montañas amplias que arden de verdes, agua deshilachada disuelta en las mañanas, mariposas de vidrio sobre los húmedos surcos negros.

Hay sonidos de revuelta, esta falta de voces en las calles es sofocante. Algo me azuza, me apresuro de vuelta. Al llegar despierto a las mujeres, dispongo a los varones en las ventanas y las puertas. Hago restallar mi voz, corrijo las aljabas, distribuyo teas y venablos. ¿Dónde estarás? Mi entraña se contrae a puñetazos. ¿Quién te defiende? ¿Quién te hará defender? Yo carezco de amigos, pero guerreros fuertes me acompañan.

Un ariete se estrella contra las paredes. No deseo morir, aunque mi vida sea indiferente. Tengo que llegar a la Puerta de Dios, y escuchar el total de la historia. Si logro regresar después, estará bien, pero igual podré morir al final del último verso. Tú me dueles también.

Cargamos las acémilas. El difuso enemigo, cansado, partió buscando presas más fáciles, lanzando una postrera saeta de despecho. Tomamos la calle, cruzamos la muralla. En el camino mi caballo pisoteó los rostros de varios hombres, mi espada probó la sangre de nuevo. Llegados al silencio, vuelvo los ojos. La ciudad se desmorona en un viento de fuego. Una lenta humareda sube, casi vertical, para tocar el cielo.

HUIDA

Hemos perdido imperios, hemos construido imperios. Cada vez, partimos de una casa en llamas, sin oro, sin candelabros ni abanicos de sándalo, con el precioso pergamino bajo los brazos. Yo maldigo tu ausencia, mi padre y mis hermanos me cobijan. Furtivos huímos por las calles más angostas. Llegados a la linde, nos cubrimos la cabeza, oramos en silencio. Conocemos el desierto, Dios nos protege.

Estamos atravesados, tú y yo, por la misma aguja azul. Va de tu corazón al mío, y se devuelve.

ESCLAVOS

Una hilera de meñiques negros bordea el horizonte. Nuestra separación disminuye lentamente, un manto espeso lo recoge todo. Los dueños nos esperan como centauros de piedra. Nos miran, y especulan. Mi malla lanza destellos, las aljabas se erizan de flechas. De pronto sonríen, sus brazos invitan a pasar. Lo hacemos con cautela. Los esclavos caminan o se arrastran. Unos se yerguen, otros bajan los hombros, aplastados por una fiebre de vergüenza. Hay rabias escondidas, corajes soterrados como el rubí en su veta.

Mi sangre hace un redoble, yo entorno los ojos. Mi espada dice que no, no estás aquí. No tiene hambre. Siento una pasta amarga en la boca, procuro no ver estos rostros que disminuyen su aliento y no mueven los labios.

- ¿No te interesa alguno, señor? Hay cargadores, y mujeres hermosas para aliviar la jornada. Saben hacer pan, son dóciles y comedidas.
- No vendemos ni compramos seres humanos.
- Para todo ha dispuesto Dios.
- Dios pide permiso para entrar en el corazón de los hombres.

Su sonrisa refulge, es feroz y descreída. Yo encabrito mi corcel, doy orden de hacer campamento. Menos sería cobarde, más violaría la forma de la hospitalidad.

- ¿A dónde vas, señor?
- Hasta el confín del mundo, si es necesario.

Me hace un guiño, vuelve la vista hacia sus compañeros, ríe silenciosamente.

- Aun así llevas mercadería fina, un cargamento digno de reyes. ¿Tienes algo para nosotros, para mercaderes más humildes?

Doy orden de desplegar las alfombras. De los cofres brotan luces, y murmullos opacos como los dientes. Yo me retiro a beber café con las mujeres. Las voces suben y bajan, como las dunas. Pienso en ti, pero mi pensamiento está desposeído. Por ver tu mano ahora, me vendería como esclavo.

LA CIUDAD DE LAS ESFINGES

Las prostitutas llevan luceros en la cara, los hombres tienen sonrisa de alfiler. Detrás de sus pupilas hay una noche distante, sin estrellas ni lunas. Una mujer tira de mi manga, interpone su pierna entre las mías.

El borde de tu vestido me señala desde un día pasado. Por sentir la piel que protege tus manos daría el horizonte, la campana del cielo, y cada una de las cosas que contienen.

- ¿A dónde vas, señor?
- Hasta el confín del mundo, si es necesario.
- ¿Y a qué vas?
- Voy en busca de una historia.

Tuerce la boca maliciosamente.

- ¿No te basta con la tuya?

En la entrada del templo los mendigos extienden la mano, los mercaderes ofrecen en voz baja. Yo me siento a beber algo caliente; sobre la espalda del sol se curva un canto, claro y delgado como un hilo de agua:

**Ser dos terceras partes dios
no basta
para ser dios.
Ser parte humano no basta
para ser hombre
o mujer.**

**¿Qué persigues, Guilgamesh,
en el páramo de tu corazón?
¿A dónde vas?**

Busco una historia para desamarrar tus manos. Busco un silencio donde pueda encontrarme.

Esta diosa enigmática no tiene tu dulzura, ni la urdimbre fina y profunda de tu alma. Diosa del amor y de la guerra, de la muerte, de la fecundidad. Tú conversas suavemente con la luna, hilas lienzos delgados con tus lágrimas. Ella es eterna. Tú eres infinita.

Dos esfinges de granito guardan el Portal del Comercio. Voy de tienda en tienda viendo telas, dijes de escarcha, puñales negros que resplandecen como el vidrio. Los colores se gritan unos a otros. Las mujeres me miran a hurtadillas. Me detengo sobre una alfombra negra a contemplar mis pies. No necesito nada, y tú estás lejos. Quizás en esta ciudad, tal vez en la habitación que extiende este balcón para cubrirme. Pero siempre lejos, y no puedo preguntarte lo que quieres, qué pendiente podría comprar tu felicidad por un segundo.

El sol cuelga del cielo como plumada, y las palabras de los profetas sirven para envolver pescado.

EL TIEMPO DE LAS PALMERAS

Dicen que la gente del norte le llama al cuerpo la casa de los huesos. No ha pasado esa gente por acá. No conoce la arena, calavera desmenuzada de la tierra, ajena por igual al canto de las hojas y a la piel refulgente que cubre las montañas. Aquí preferirían llamarle al cuerpo el templo de la sangre.

Esta noche se parece a todas las otras. Es la misma y es diferente, como la vida. Como yo. Como el mundo que heredarán los descendientes de mis hijos. Nuestro corazón es siempre el mismo. Solo el paraíso y los infiernos cambian.

La impaciencia me devora. Lo que busco es un espejismo, en este paraje de espejismos. Está dentro de mí, pero necesito verlo afuera. Yo soy mi espejo y mi reflejo, y tú me hablas, siempre escondida, desde la sombra que proyecto sobre mi adentro.

De pronto estoy vacío. Tus manos tiemblan, como peces bajo el agua del recuerdo. Muerdo las mías hasta hacerlas sangrar. Un brillante reconcentrado me funde el vientre, y me ahogo.

Al mago de las mariposas le digo que no tiemble. Que no tema a la vida, que haga de su fantasía una sombra de luz. Que me responda. Le falla la garganta, me mira confundido. Saco mi espada, la dejo que dialogue con él. Pero es un pedacito de polvo. No esgrime respuestas. Sobre su sangre salgo, y no puedo perdonarme.

Cuando duermo necesito despertar. Despierto, necesito dormir. Quisiera ser como las palmeras, que no duermen ni despiertan, que llevan la vida puesta como una capa, y la señalan. Si fuera palmera, tú serías arena. Hundiría mis raíces en ti. Protegería de este sol una porción pequeña de tus uñas.

SOLO DIOS PERDONA

La serpiente es piadosa. Cuando mata, invita al delirio. La muerte que dan los hombres trae la lucidez del miedo. La vida que continúa, amarrada a un hilo como el ladrido de un perro.

Hoy ajustician a una mujer y a un hombre. Por un momento creí distinguir tus manos entre la turba de los espectadores. Pero tú no estarías aquí. No contaminarías tus ojos con el color de esta sangre. No vendrías a oler este sudor como la orina.

La muerte es ruidosa a ratos. Su rumor sordo se entremezcla con los gritos de los condenados. Al hombre lo decapitan, a la mujer la matan a pedradas. La vida tiene a veces la seriedad de una rama quebrada en el camino.

SOLA COMO UN PÁJARO SIN MAÑANA

No sé qué me duele más, si los gritos de los desgraciados o la curiosidad de quienes se detienen a verlos. La ausencia de tu brazo, o la difícil tarea de mirarte. No sé qué ansío más, tu respiración presentida sobre mi nuca, o la esperanza de que quieras verme.

Afuera las voces juegan como los niños, preguntan por el saludo de la muerte. Trompetas estridentes desparraman los olores del mercado, se acerca la caravana del rey. Mi balcón lleva enrejado, filigrana de bronce. Pero me pongo el velo, para asomarme.

Te veo. No importa donde, si tú estás, siempre serás imán para mis ojos de hierro. Las lágrimas me atragantan, no puedo moverme. Reluces como el fuego, príncipe entre los príncipes, protegiendo tus sombras interiores, espada trémula como la historia, dueño y señor de mis huesos. Veo tus manos fuertes, tristes, orgullosas. La suavidad que escapa bajo la melancolía de tus cejas.

Regreso a mi aposento, me inclino rígida sobre el lecho y no puedo llorar. Soy una luna sin noche, una duna sin la ventaja de tus pies.

ALMACEN DE CRISTALES

En este bazar se venden solamente dos cosas: poesía, y frutas de cristal. Desde aquí se ve, subiendo la colina, la Calle de la Serpiente. Los buitres trazan círculos negros en el cielo, la configuración de mi anhelo es quebradiza. La Puerta de Dios ya no parece tan lejana, tus manos queman más porque están más distantes.

Globos iridiscentes cuelgan de las tiendas, los vendedores declaman en sus puestos.

- ¿Sabes, señor, lo que pensaba Guilgamesh al iniciar su jornada? ¿Qué palabras resonaban en su mente después de despedirse, después de que su madre lo encomendara a Shamash?

- Ven aquí, señor. En este octaedro hay encerrada una hoguera verde. Chisporrotea como una esmeralda en el fondo del mar.

Debajo de un taburete, un gallo de cuarzo rojo picotea duraznos. Yo observo los pergaminos que florecen descuidados, oprimidos por el peso de los candelabros. Y sí conozco esas palabras, murmuradas por la madre del héroe para toda la eternidad. Han quedado grabadas en mi alma, como si hubieran sido dichas para mí:

Sus palabras le llenaban la mente
al comenzar la jornada,
así como se escucha la voz de la madre
algunas veces
mucho tiempo después de la niñez
llamándolo a uno por su nombre
trayéndolo del sueño
o de algún momento placentero en una calle
extraña

Cuando toda traza de origen
parece haber sido abandonada
y uno casi ha llegado a una tierra
que promete una visión
o el secreto de la vida
cuando uno se siente casi lo suficientemente
dios
como para estar libre de voces,
su voz
llama como una voz desde la infancia
recordándole que alguna vez
se revolcó en sueños.

Tus manos tejen voces. ¿Cuándo podré estar libre
de tus manos?

PUEBLO ESCONDIDO

Cuando tu amigo cree saber quién eres, te desconoce. Cuando nos miran piensan "son así". Nadie nos ve. Vivimos del fragor de las sirenas, del espacio que deja la pereza. Hacemos con nuestros huesos un castillo de arena, y un canto de oro puro para las siembras.

QUISIERA ENCADENAR TU ALMA

Una mirada gris me desperdicia. Una sombra de amor, pero sin árbol, sin frontera ni luz, sin despedida. Una distancia gris aprisiona mi alma, lame mi voluntad con fuego manso. Un aroma de eternidad, una promesa.

EL CAMINO

Pisada tras pisada, un pie tras otro. Como la vida misma se repiten mis pasos, acompasados por mi respiración. En la arena fecunda de esperanzas, en el espacio vasto que no perdona la confianza vacía ni la mentira, aquí busco conocerme y persigo mis huellas, mis huesos de hierro rojo, mi anhelo insubstancial como la aurora. Día tras día como los mismos pasos, estos latidos como los propios años. Aquí me tiendo a caminar, soy los recodos del camino. No importa de dónde vengo, ni adónde voy. Camino nada más.

ORACIÓN

Sí, mi Señor, así me has dicho. Este mi respaldar es como el margen de la madrugada. Es como el pecho de la piedra, una sola palabra diminuta. Sí, mi Señor, así me has dicho. Esta pobreza es mi regalo. Nada me has dado, para que pueda poseer el agua, el aire, la tierra y la mañana.

EL SÍTIO

La oración fundamental, dijo el profeta, es la siguiente: Dios es uno. No uno es Dios. Por eso una persona no puede nunca ser Dios.

Como el rostro en el espejo de los años, las personas nunca son las mismas. Las palabras son serpientes extrañas, pensé para mí mismo, mientras el dragón de la espera batía sus alas, al acecho sobre las murallas.

Mi alfanje desparrama entrañas sobre las piedras.
Toda la tierra es infértil, excepto dos o tres parcelas pequeñísimas.
Hay amores que funden las montañas, y se mueren. Saturan los
espacios de rojo, como las teas de los sitiadores. Ahuyentan las
sombras con sus lenguas de sangre, las devoran. Pero tienen la
esencia de la espuma. Se desvanecen en un espejismo de rabia.

Murciélagos de fuego arremeten contra los muros. Los gritos de los caballos moribundos escriben una canción de tormentas, los gemidos de quienes caen acompañan el cuchicheo de mi espada. Mis manos tiemblan, mi brazo está cansado. Un bosque de venablos crece sobre este territorio de cadáveres.

Los atacantes se concentran en la Puerta de Turquesas. A latigazos reúno a mi gente. Sobre los alaridos de los condenados esparzo mi camino. Si lograra salir. Si tan solo lograra salir.

Renegrido de sangre me contemplo. El traje que te ofrezco no está tejido. Cordones coagulados ofenden el olfato del viento. Dame una fiebre. Arrójame una astilla alta. Las bofetadas de hollín que recibí marcan mis cicatrices, aplauden las arrugas de la tierra.

En el espacio tranquilo del desierto respiro mis sollozos. Escapamos los suficientes, hay oro para incomodar a las cabalgaduras. Solo ahora tengo tiempo para recordarte, y le escupo a mis manos olvidadizas. Me castigo espoleando mis pensamientos, que caen en el aire como un polvo de plomo. ¿Estabas aquí? ¿Dónde estabas? ¿Guardas acaso el reflejo de mi rostro? ¿Y dónde estaba yo, que no te buscaba?.

OASIS

Solo en la paz se puede dar el castigo perfecto. Aquí los dátiles me saben a piedra, el agua lacera mis encías. Aquí tu recuerdo me fustiga, se desparrama sobre la quietud de las palmas, desciende como la noche bajo mis párpados.

Las mujeres preparan la fogata, invocan el pan. Una canción de azufre hace recordar noches pasadas:

**Quedaron quietos, en respetuoso temor
al pie de la montaña verde.
El placer parecía surgir del miedo
en Guilgamesh.
Como cuando uno llega a un sendero
ajeno a los hombres
y se siente atraído por lo perdido,
lo que no ha sido descubierto
en uno mismo.
Se sintió revivir por el peligro.**

**Algunos llamaron a este bosque el infierno,
otros el paraíso.
¿Cuál es la diferencia?
dijo Guilgamesh.
Pero la noche caía rápidamente
y no tenían tiempo de darle nombre,
excepto, tal vez, Lo Oscuro.**

¡Qué sabio eres, Dios! Le has dado nombre a todas las cosas.

TODO CAMINO RECURRE

Después de tanto andar estoy al frente de mi puerta. Asombrado observo mi dintel, las flores que sembró mi madre, el árbol que cuidé de niño. Esta es mi herencia, me digo, y sonrío. Los pasos que dejé desperdigados sin conciencia. El trazo que no puedo recordar, el conocimiento constante de mis pies. El tiempo medido entre las dudas, las dunas que olvidé. Tu voz como una alondra afilada, remontando los olivos hasta esa cúpula infinita. Este invisible poema es para todos.

Aquellos ladrillos que me observan. Esta llave pesada que llevo al cuello. Esas calles delgadas que se pierden, y solo pueden encontrarse a sí mismas. Este lugar soy yo. Yo mismo. El aire perfumado que por las noches se transforma en perdón. Hoy no puedo siquiera contemplarme. Bailo sobre las hojas, estoy debajo. Me reconozco en ti, y me poseo.

Recorro las calles buscando nada. Abriendo los brazos como alas, mi espada olvidada como un signo de trapo. Un gato me ve, entretenido. Yo me inclino, y le ofrezco una sonrisa.

Aquí murieron muchas veces mis ancestros. Conversaron con las estrellas a escondidas. Absortos cuidaron de las tortugas, y le pidieron a Dios una palabra.

Las estaciones los marcaron sobre sus libros, las horas que le robaban a las siembras. El tiempo de los guerreros era su tiempo, y también las mareas de los profetas. Los imperios calados de los reyes, sueños de mercaderes. Pero al llegar el momento de despedirse, solo deseaban un rincón para sus hijos.

Yo guardo su simiente. Antes la protegía, ahora la comparto.

Estoy solo. ¿Quién no está solo? ¿Quién siente que lo conocen, quién obliga a su corazón para que sea manso? Muerdo tu vientre con los dientes de la memoria, bendigo la presencia de tu ausencia. Ya no te necesito.

Eso quisiera creer.

DESPEDIDA

Dame, Señor, una mano de espuma para conquistar el mundo. Un trayecto sin rumbo para encontrarme, una llave de luces para encontrarte. Dame un espacio tierno para mis hijos, y esta ciudad eterna para mis huesos.

LA PUERTA DE DIOS

Dos relieves de león guardan las puertas. ¡Qué pequeño me siento! ¡Qué gigantesco! Esto somos los hombres, una parte pequeña de nuestra inmensidad. Este orgullo de ser. Esta certeza de haber comprendido la forma del poder. Siempre cómo. Nunca por qué.

Las calles son anchas. Los hombres caminan arrogantes, y las mujeres llevan aretes de insolencia. Pero en los ojos del niño que pide, entre la multitud, estamos verdaderamente nosotros. También en esta violencia que me golpea. Un cuchillo redondo, un garrote de arena. Esa sonrisa a golpes. Esta distancia.

Estás aquí. Como te vi cuando veía los balcones de la madrugada. No sé qué hacer cuando despierto, cuando te observo bañándote bajo el sol recién nacido. La historia se imita, siempre distinta. Presiento tu presencia, y las palabras de los trovadores te repiten.

Algarabía de colores. Nunca tan solo como con tanta gente. Las turbas dificultan escucharme a mí mismo. Su visión llena de piedras mi camino. Cada quien va y viene mientras me quedo quieto. Todos me hablan sin conocerme, ninguno me conoce sin hablarme. El aceite quemado es su incienso, todas las cosas parecen a la venta. Toda compra es la misma: un puñado de agujas afiladas. Los azulejos son para el rey, nadie es señor de sus minutos. El sabor de la sangre es para el pueblo, todos son ángeles desconfiados. La gran ciudad de los guerreros, el paraíso de las prostitutas. Los jardines que cuelgan de las nubes, las cloacas que dialogan con el oráculo de los dioses.

El mendigo entona su letanía, imprecación y súplica. Frota sus cuencas con muñones, la saliva le cuelga hasta las rodillas. Dame, Señor, un corazón incierto, para no poder entenderlo en las mañanas, para verlo de lejos por las noches, para no sentirme en él cuando me mira.

Si estuvieras aquí, le tenderías la mano, me volverías a ver, suplicando. Yo haría de mi silencio un puño, te lo daría. Volverías a verme, confundida, al irte desdibujando entre el reproche y el sueño.

Pero no estás aquí. Le ofrezco el filo de mi espada, y retrocede, un basilisco que se agarra de la vida con los dientes, que defiende su nada con su todo, que presiente, junto a los animales, el valor escondido de la existencia. Nadie me ve. Limpio la hoja con mi camisa, me obligo a seguir caminando. Una taberna guiña desde la esquina, y me apresuro.

Cuando nos cobijábamos los unos con los otros, el universo era ajeno, aunque nos conversara. La noción de nosotros era clara, aunque los animales nos hermanaran. Ahora que somos diferentes, somos lo ajeno, somos el universo. Nosotros lo distante, lo incomprendido.

Yo soy mi animal, y mi montaña. La basura que cuelga de las calles es el ramaje donde me escondo. Las fieras que me persiguen ven con mis ojos, somos la jungla que legaron los padres.

En estos templos el vino está prohibido. Yo vengo, entonces, a la taberna, y brindo con amigos desconocidos. Salgo al amanecer, no estoy agradecido. Por eso me castigas, Señor, con su recuerdo.

Esta es la Puerta de Dios. Más de cien mil balcones dan frescura a sus puertas. Sus templos se levantan para contar sus plazas, un tejido de lenguas alfombra sus mercados. Aquí viene el mundo entero a contemplarse. Yo vengo nada más por una historia. En todas partes, dicen, puedes oírla. En tu lengua y las otras, y en la nuestra. Pero todo se mueve hacia adelante. Nadie quiere quedarse en el mismo sitio. Salgo por las mañanas, y salgo por las noches. El amor es una danza de espadas. Los mercaderes construyen monumentos insubstanciales, los pájaros no vienen si no conocen las calles.

Salimos de la mano, tomamos vino. Las sombras iluminan nuestro beso. Dejo a un lado mi soledad, la indiferencia de la gente nos alienta. En una esquina pequeña compramos pan, absortos en nosotros nos confundimos. Tú ríes porque no sé en donde estamos, yo te abrazo y te pido que te quedes.

El Rey tiene derecho, así me dicen. Toda noche de bodas es la suya. Toda virgen es su posesión natural. Por eso es el rey.

Yo encrespo mi espada. Cíño tu cintura con mi brazo. Nadie podrá tocarte. Nadie.

Príncipe entre los príncipes. No puedes ver cuando te doy mi alma. Por eso te doy mi cuerpo, para que beses el borde de mis manos.

La Puerta de Dios tiene suburbios. En el barrio de Los Angeles está tu casa. Se esconde tras los árboles, y es tranquila. Los carros pasan sin hacer ruido. Este día de días, tu pueblo se congrega frente a tu puerta, tu padre le da dinero al sacerdote. El toldo está dispuesto en tu sala, las viandas nos esperan, y las colmenas que imaginamos juntos, cuando bailábamos desnudos por las calles.

PUNTO DE PARTIDA

Un toldo de esperanzas nos protege. Una mujer canta en las fronteras de la ceremonia. Bajo mis pies observo el vidrio que cruje, y lloro sin saber por qué. Ahora que me preguntan, no sé qué quiero. Ahora que te preguntan, no sabes lo que quieres. Lo teníamos todo, no era necesario poseernos. Una sombra de ave recorre los caminos del jardín. Tu hermano maldice su torpeza, quiere hacerte feliz pero no sabe cómo. El sacerdote bendice nuestras manos, y las mujeres encubren sus sollozos.

Estoy cansado pero intranquilo. Quiero seguir. El trayecto es ancho como todos los días, y necesito encontrar un indicio. Cuando lo encuentro, amarra mi canción, le pregunta a cada uno de tus poros, llena el espacio.

Algo en mi pecho aletea de pronto. Él está tendido. Te observa con ojos de diamante, tú mueves tus manos grandes, expresivas, delicadas. Eres pequeña como un dedo de azúcar. Le diste agua ayer, preguntaste a escondidas por su nombre. Mi sangre hierve.

Tu pueblo baila desaforado de alegría, inmune ante el futuro. La noche llega de pronto, se asienta en su trono de distancias. Sin anunciarlo, la cantora rasga el aire:

La noche se ha tendido: no se levantará de nuevo.

La dueña de los ciervos no se levantará de nuevo.

Superó al mal, no regresará otra vez.

Aunque ancha de ánimo, no se levantará de nuevo.

Era sabia y distante: no regresará otra vez.

Se ha ido a la montaña, no regresará otra vez.

En el lecho del destino yace, no se levantará de

nuevo.

Del lecho de muchos colores no regresará otra vez.

¿Dónde pones tu alma? ¿Qué fibra tejes para tus pensamientos? ¿Qué cosa albergas en el rincón más húmedo de tu infancia? ¿Recordarás el color del agua que bebías ayer? Un día feroz me aguarda. Suspiro hacia adentro, espero un desenlace de cadenas. Lo oscuro se adelanta, muerde la tierra. La luna se extiende sobre el sonido delgado de la concurrencia, y mi futuro es un caballo transparente bajo las riendas de un sueño recordado.

ÍNDICE

EL MATRIMONIO.....	7
MI CORAZÓN SE DESPERDICIA.....	8
SUEÑO DE LAS ALMERAS.....	12
VIENTO DE ARENA.....	13
ALGARA.....	14
EL SITIO DE LAS LUCES.....	17
LOS BALCONES.....	23
MONEDAS.....	24
INSOMNIO.....	26
FATIGA DE DIAMANTE.....	27
HUIDA.....	29
ESCLAVOS.....	30
LA CIUDAD DE LAS ESFINGES.....	32
EL TIEMPO DE LAS PALMERAS.....	36
SOLO DIOS PERDONA.....	40
SOLA COMO UN PÁJARO SIN MAÑANA.....	41
ALMACEN DE CRISTALES.....	42
PUEBLO ESCONDIDO.....	44
QUISIERA ENCADENAR TU ALMA.....	45
EL CAMINO.....	46
ORACIÓN.....	47
EL SITIO.....	48
OASIS.....	54
TODO CAMINO RECURRE.....	55
DESPEDIDA.....	60
LA PUERTA DE DIOS.....	61
PUNTO DE PARTIDA.....	71

Impreso en los talleres de
Imprenta y Litografía VARITEC S.A.
San José, Costa Rica
en el mes de mayo de 1993
su edición consta de 500 ejemplares